



Pierre-Jean-Georges Cabanis (1757-1808)

EL RESCATE Y LA MEMORIA

De la Revolución Francesa a la Medicina Científica: Pierre-Jean-Georges Cabanis. Relaciones entre los físico y moral del hombre (1802)

Norberto Aldo Conti

<https://doi.org/10.53680/vertex.v36i170.950>



El siglo XVIII francés: de la Ilustración a la Ideología

El siglo XVIII en Francia está atravesado por un desarrollo de nuevas ideas, herederas de la naciente modernidad, y en parte impulsadas por la presencia de Locke en París, entre 1675 y 1679, y el influjo de su pensamiento; en efecto, el empirismo, que este autor sostiene, coloca el foco de la reflexión filosófica en dos direcciones: el origen y las fuentes del conocimiento humano y los alcances morales o sociales que de este se derivan, ambas son abordadas por los pensadores franceses de las siguientes generaciones.

La actitud filosófica que se desarrolla es francamente naturalista, enmarcada por el convencimiento de que, en la comprensión de la naturaleza está la llave del conocimiento del mundo y también del hombre, en tanto este conoce y actúa acorde a su relación con ella, de manera que tanto la filosofía como la ciencia pasan a ser actividades humanas que se independizan de la Religión. Esta independencia genera también un impulso en la difusión del nuevo conocimiento, “*apurémonos a hacer que nuestra filosofía sea popular*”, esta frase de Diderot es, para Ortega, la que marca el sentido histórico del siglo XVIII francés¹. Justamente todo el esfuerzo intelectual de Diderot se centró, durante más de veinte años, en el desarrollo de la obra cumbre del pensamiento de la época: *La Encyclopédie Francesa*, en la cual invitaron a participar a Voltaire, Condillac, Helvétius, d’Holbach, Condorcet, A. Smith, Rousseau, Montesquieu, Laplace, Franklin, Lavoisier, Buffon, Linneo, entre otros muchos intelectuales notables de la época. La obra incluye 17 volúmenes de artículos con un total de 44.632 entradas y 11 volúmenes de planchas ilustrativas².

Todo el corpus de conocimiento desarrollado por los enciclopedistas es tomado y continuado por los *Ideólogos* quienes operan en la intelectualidad francesa desde la Revolución hasta principios del Siglo XIX. La Revolución, a la cual adhieren y sostienen intelectualmente, los coloca en cargos de conducción esenciales para el desarrollo de las nuevas Instituciones de la República. De esta manera generan un amplio movimiento de ideas para el desarrollo de la ciencia, la política y la educación popu-

1. Ortega y Gasset, J. (1966). *Prólogo a un Diccionario encyclopédico abreviado, Obras Completas, Tomo VI (1941-1955). Revista de Occidente.*

2. Conti, N. (2013). *Diderot y la encyclopédie francesa, en Vertex, Revista Argentina de Psiquiatría*, Vol. XXIV: 472 – 473.

lar, con el propósito de construir una república liberal, un Estado laico, para el progreso de la Humanidad, el cual solo se puede alcanzar a través del lenguaje racional de la ciencia y la filosofía. Nadie mejor que Condorcet³ expresa este proyecto, para él el progreso de la especie humana se logrará a través de la educación universal, y para alcanzarla no basta con el desarrollo cualitativo y cuantitativo del saber, sino que es central su democratización, o sea el desarrollo de la educación popular. Esta es la condición esencial para el progreso intelectual y moral de la Humanidad:

“Nuestras esperanzas respecto al futuro estado de la especie humana pueden reducirse a estos tres puntos: la destrucción de la desigualdad entre las naciones, los progresos de la igualdad dentro de un mismo pueblo, y, por último, el perfeccionamiento real del hombre.”⁴

En definitiva, para Condorcet, el *progreso* no es una ley (como sí lo será para el positivismo), sino que es un programa, solo realizable a condición de que los hombres tomen conciencia y decidan hacerlo realidad.

He aquí el componente esencialmente moral y social de la ideología, en ella el análisis del *hombre físico* permite comprender no solo cómo conoce (gnoseología) sino y centralmente, cómo siente y actúa (ética). El comprender la naturaleza de la acción e interacción humana permite pensar racionalmente las formas de organización política más adecuada a las nuevas sociedades.

Pierre-Jean-Georges Cabanis: una vida entre el saber y la Revolución

Pierre-Jean-Georges Cabanis nació el 5 de junio de 1757, en Conac, de padre abogado, con quien tenía una difícil relación y de quien se distanció desde los catorce años, luego de realizar estudios literarios se inclinó por la medicina estableciéndose en París. Durante cinco años se dedicó al estudio cronológico de los clásicos desde Hipócrates, Celso y Areteo hasta los maestros del siglo XVIII, lecturas que orientan su pensamiento y trasuntan en sus publicaciones donde recupera y renueva aspectos centrales de la medicina hipocrática. Se estableció en Auteuil, en las afueras de París, y fue recibido en las tertulias de Mme. Helvetius, donde conoció a Turgot, Diderot, d' Holbach,

d'Alembert, Franklin, Jefferson, Condillac y Condorcet quienes marcaron su desarrollo intelectual. Su pensamiento está atravesado por el ideario iluminista y universalista de la Enciclopedia e impulsado por las reformas revolucionarias de su tiempo.

Tuvo una vida pública intensa, fue miembro del Consejo de los Quinientos y sobre el final de su vida Senador del Imperio. Ocupó cargos en el Instituto de Francia, en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, fue miembro de la Academia Francesa desde 1803 y Oficial de la Legión de Honor, la más alta distinción creada por Napoleón en 1802 para reconocer los méritos civiles y militares. En cuanto a su actividad docente fue nombrado catedrático de higiene primero y luego de medicina clínica en la Escuela de Medicina de París. En abril de 1807 sufrió un ataque de apoplejía que lo alejó de la vida pública y el 6 de mayo de 1808 un segundo ataque le quitó la vida.

El gran aporte de Cabanis fue la forma en que articuló medicina y filosofía imprimiendo a ésta la dirección fisiológica que claramente se observa en la Ideología, el uso del método analítico aplicado por él al hombre físico se continúa luego en sus cualidades morales y en la filosofía toda. Este método puede observarse en su obra más importante *Relaciones entre lo físico y moral del hombre* (1802). Allí estudia, por primera vez de manera analítica, las sensaciones externas e internas, la fisiología cerebral, el pensamiento y las pasiones. Compara estados de salud y enfermedad y relaciona las manifestaciones de la locura con las alteraciones del cerebro, siendo una influencia fundamental para el desarrollo del naciente alienismo francés en el cual se entremezclan las figuras de Cabanis y Pinel, el primero como propagador del método analítico histórico en medicina y el segundo como impulsor de una nueva mirada de la locura que también se sostiene en el uso del método analítico sobre la observación clínica para construir su propuesta nosológica. Recordemos que Pinel tuvo una gran influencia en el cambio de siglo no solo por el desarrollo del alienismo sino también por el consenso que obtuvo su *Nosografía Filosófica* de 1798, recordemos también su amistad con Cabanis y la publicación simultánea del *Tratado Médico-Filosófico sobre la Alienación Mental o Manía y Relaciones entre lo Físico y Moral del Hombre*, ambos de 1802.

3. Juan Antonio Nicolás Caritat, marqués de Condorcet, nació el 17 de septiembre de 1743, Siendo un joven brillante se incorporó a los 27 años, en 1770, a la Academia de Ciencias y en 1783 a la Academia de Francia. Su cercanía con Condillac, Diderot, Voltaire y Helvetius hizo que colaborara con la Enciclopedia escribiendo artículos sobre matemáticas. Fue declarado proscripto, en 1793, y en esa condición escribió su *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, es en esta obra donde mejor bosqueja el concepto de progreso histórico. Falleció en prisión, habiéndose envenenado, el 9 de abril de 1794.

4. Condorcet. *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* (1794), citado por Jolibert, B. (1992) *Perfiles de Educadores: Condorcet (1743-1794)*, en *Perspectivas*, Vol. XXII, n.2, pp. 259-269.

Obras de Cabanis

1789. Observaciones sobre los hospitales
 1791. Diario de la enfermedad y muerte de Mirabeau
 1797. Sobre el grado de certidumbre de la medicina
 1799. Informe sobre la organización de las Escuelas de Medicina
 1799. Algunas consideraciones sobre la organización social
 1802. Relaciones entre lo físico y moral del hombre
 1804. Compendio histórico de las revoluciones y reforma de la medicina
 1807. Observaciones sobre las afecciones catarrales
 1823-1825. Obras Completas, 5 Vol. (Editadas por Jean-Baptiste Thurot)

Relaciones entre lo físico y moral del hombre (1802)

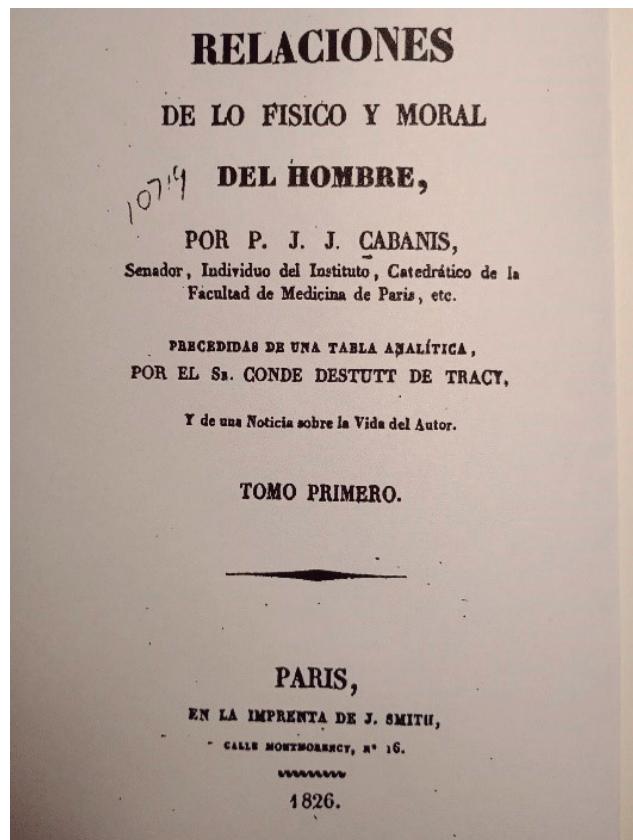
Esta obra, iniciada en 1796⁵ y publicada en 1802, está compuesta por doce memorias a lo largo de las cuales Cabanis presenta su programa y pone en acto el método analítico que pregonó para el estudio de la medicina, en sus páginas articula la observación con la experimentación y también el análisis histórico de los saberes médicos como fuente de conocimiento de verdades y errores sostenidos en el pasado.

Respecto a su gestación y propósito nos dice:

“La siguiente obra se compone de doce Memorias, cuyas seis primeras se leyeron en el Instituto Nacional durante el curso del año 4 ó a principios del 5; y se hallan impresas en los dos primeros volúmenes de la Colección de ese ilustre cuerpo. Le estaban destinadas igualmente las seis últimas; pero diversas circunstancias no le permitieron al autor leer la que trata del influjo de las enfermedades ... Estas seis últimas son nuevas enteramente para el público; completan el trabajo cuyo plan se había formado el autor en la primera de todas, que le sirve como de introducción ... van a estar en disposición de apreciar mejor el grado de importancia y utilidad real que puede tener, para el estudio del hombre, este nuevo modo de considerar el juego de los diferentes órganos y el ejercicio de las diferentes facultades.”

En la Primera Memoria, a la que considera una introducción, denominada Consideraciones generales sobre el estudio del hombre, y sobre las relaciones de su organización física con sus facultades, marca el camino que recorrerá en toda la obra y que corresponde al núcleo de su concepción antropológica:

“La sensibilidad es el último término de los fenómenos que componen lo que llamamos la vida; y ella es el primero de aquellos en que consisten nuestras facultades intelectuales: así lo moral no es más que lo físico considerado bajo otro aspecto.”



Relaciones entre lo físico y moral del hombre Primera Edición en castellano, París, 1826

“Desde el momento en que sentimos, existimos; y conocemos nuestra existencia.”

“No existen más causas para nosotros que las que pueden obrar sobre nuestros medios de sentir, ni tampoco más verdades que las relativas al modo general de sentir de la naturaleza humana.”

Parafraseando a Descartes podríamos decir que Cabanis nos ofrece otro punto de ruptura metafísico: *siento, luego existo*, proponiendo una construcción de mundo a partir del sentir que le permite concluir, la III Memoria, diciendo:

“El modo de recibir sensaciones, necesario para adquirir ideas, experimentar afectos, tener voluntades, para existir, en una palabra, se diferencia según los individuos. Lo cual depende del estado de los órganos, de la fuerza o debilidad del sistema nervioso, pero particularmente del modo con que él siente. Conviene pues examinar sucesivamente las mudanzas que ocasiona en el modo de sentir la diferencia de edades, sexos, temperamentos, enfermedades, régimen y clima.”

5. En el Aviso de Editor, de la edición española de 1826, refiere que los primeros capítulos fueron escritos entre el año 4 y 5 de la Revolución. El año primero se cuenta entre 1792-1793, por lo cual la temporalidad entre el año 4 y 5 corresponde a 1796

Presenta aquí una serie de variables que influyen sobre la génesis de las ideas, desde condiciones individuales hasta condiciones ambientales en sentido físico y también en sentido social. Esto le permitirá avanzar sobre el concepto de sociedad patógena generadora de desequilibrios individuales observables en las ideas y los actos de quienes los padecen.

Vemos, entonces, como Cabanis nos propone un programa analítico, observacional y experimental de superación de toda metafísica que se aleje de este estudio de la sensibilidad humana, como ya lo había advertido en el prólogo al decir:

“Dejaremos pues a unos espíritus más confiados, o si se quiere más ilustrados, el cuidado de buscar, por caminos que reconocemos impracticables para nosotros, cual es la naturaleza de la causa que anima los cuerpos vivientes ...”

“No se hallará aquí lo que por mucho tiempo se había llamado metafísica: serán unas simples investigaciones de fisiología, pero dirigidas hacia el estudio particular de una clase de funciones.”

Con estas frases, que se desenvuelven para nosotros entre la humildad y la ironía, hace profesión de un positivismo *avant la lettre* al presentar el núcleo duro de ese pensamiento que se impondrá en Europa setenta años después: el rechazo de toda especulación metafísica en la prosecución de la verdad que solo puede ser científica; esto es observacional y experimental. Estamos a las puertas del método experimental de Claude Bernard (1865) y la conformación de la Escuela de Medicina de París, modelo de la *medicina científica*.

Cabanis, P. J. J., Relaciones de lo físico y moral del hombre (1826), París, Imprenta Smith

MEMORIA I, parágrafos 6, 8 y conclusiones, pp. 167-183

Parágrafo VI¹

Aquí, para dirigir útilmente las investigaciones, era menester desde luego saber cuáles son los órganos particulares del sentimiento, y si estos órganos, en las lesiones de las facultades intelectuales, son los únicos atacados, o si lo son con otros, y solamente de un modo más especial.

Diversas experiencias directas, de las que es inútil dar cuenta, probaron que el cerebro, la médula prolongada, la médula espinal, y los nervios, son los verdaderos, o al menos los principales órganos del sentimiento. Confundidos los nervios en su origen, y formados de la misma sustancia que el cerebro, están ya separados en manojos a la salida suya del cráneo y de la cavidad vertebral: los troncos gruesos contienen, bajo una cubierta común, troncos más pequeños que

contienen sucesivamente nuevas divisiones; y así consecutivamente, sin que se haya podido hallar nunca un nervio, por más fino que pareciese a la vista, cuya cubierta no encerrase todavía un sinnúmero de otros más pequeños. Todos estos nervios, tan delgados, van a distribuirse en las diferentes partes del cuerpo; de manera que cada punto sensitivo tiene el suyo, y se comunica, por su mediación, con el centro cerebral.

Otras experiencias hicieron ver que la sensación, o al menos su percepción, no se hace en la extremidad del nervio, ni en el órgano al que la causa que la determina está aplicada; sino en los centros, de que todos los nervios traen su origen, y en donde van a reunirse las impresiones. Aun se vio que en muchos casos, los movimientos ocasionados en una parte dependen de las impresiones recibidas en otra, cuyos nervios no se comunican con los de la primera más que por medio del cerebro. Pero, se sabe que todo movimiento regular supone el influjo nervioso sobre el músculo que le ejecuta, y este influjo la comunicación libre de los

1. Para facilitar la lectura del texto original, se han actualizado las grafías y formas del castellano antiguo a las normas lingüísticas contemporáneas, conservando intacto el contenido y sentido del documento.

nervios con el común origen suyo. Así pues los nervios sienten muy realmente; y el individuo percibe las sensaciones en el cerebro, en la médula prolongada, y en la espinal también probablemente.

Bien determinado ya este primer punto, debió indagarse si, en los delirios agudos o crónicos de toda especie, el sistema cerebral y los nervios se hallaban en estados particulares; si estos estados eran constantemente los mismos, o si eran variados como los fenómenos de los diferentes delirios; últimamente, si era posible referírseles estos fenómenos, distinguiéndolos y clasificándolos con exactitud.

Pero se vio desde el principio que el cerebro y los nervios no presentaban con frecuencia vestigio ninguno de alteración, o que las mudanzas que en ellos se dejaban notar eran comunes a otras enfermedades que no van acompañadas de la locura siempre.

Hallándose bien reconocido también este segundo punto, se dirigieron la atención e indagaciones hacia otra parte. Se consideraron con cuidado las vísceras contenidas en el pecho, las cuales no dieron casi luz ninguna. Pero no sucedió lo mismo con las del empeine. Una gran cantidad de disecciones comparadas hizo ver que las enfermedades de ellas se corresponden frecuentemente con las alteraciones de las facultades morales. Por medio de otra comparación de este estado orgánico con las crisis de que a veces se valieron la naturaleza o el arte para curar la locura, se tuvo la seguridad de que el asiento o causa de ella estaban efectivamente entonces en las vísceras abdominales: de lo cual resulta una importante conclusión, es a saber, que supuesto que ellas influyen con sus desórdenes sobre los del pensamiento, contribuyen pues igualmente, y el concurso suyo es necesario, en el estado natural, para la formación regular suya: conclusión que se confirma todavía, y aún adquiere una nueva extensión, con la historia de los sexos, en que se ve en determinadas épocas que el progreso de ciertos órganos produce una repentina y general mudanza en las ideas e inclinaciones del individuo.

Volviendo todavía y repetidamente varios anatómistas exactos a las disecciones de personas muertas en el estado de locura, y no cansándose de examinar el cerebro suyo, lograron por último, tocante a los diversos estados de esta víscera, algunos resultados bastante generales y constantes. Hallaron, por ejemplo, el cerebro de una blandura extraordinaria en los imbeciles, de una firmeza nada natural en los locos furiosos, y de una consistencia muy desigual, es decir, seco y duro en una parte, húmedo y blando en otra, en las

personas atacadas de menos violentos delirios. Es fácil de ver que, en el primer estado, el sistema cerebral carece del tono necesario para ejercer sus funciones con el competente vigor; que en el segundo, por el contrario, el tono, y la acción por consiguiente, deben ser excesivos; que, en el tercero, hay discordancia entre las impresiones, supuesto que las partes que las reciben se hallan en tan diferentes disposiciones, y que por consiguiente, fundándose las comparaciones sobre falsas basas, deben ser erróneos los juicios por necesidad. Podría creerse, con arreglo a las observaciones de Morgagni, que, aun en los locos furiosos, esta desigualdad de consistencia en la pulpa del cerebro no solamente no es rara, sino que también forma el más constante distintivo de la locura, a lo menos de la que depende directamente. Es necesario confesar que esta observación está muy distante de ser aplicable a todos los casos de locura. Pinel no halló muchas veces cosa ninguna semejante; pero los hechos recogidos por Morgagni y por algunos otros, deben mirarse como ciertos; y pueden deducirse de ellos con la conducente reserva algunas conclusiones de las alteraciones del sistema nervioso. Aun parece que la inflamación de las meninges y anfractuosidades cerebrales puede referirse al mismo vicio, supuesto que toda inflamación acarrea o supone aumento de vigor y acción vital en el sistema arterial, y una proporcionada disminución de esta acción en los otros sistemas generales.

Estas observaciones aclaran mucho la teoría del sueño, y sirven para entender mejor el delirio vago con que él comienza comúnmente, y las fantasías que le acompañan con harta frecuencia; y recíprocamente, toman ellas una nueva fuerza en la historia de estos fenómenos, que les son relativos de un modo palpable.

Algunas otras particularidades concernientes al influjo de las enfermedades sobre el carácter de las ideas y pasiones, merecen igualmente toda la atención del filósofo: tales son, por ejemplo, los hábitos morales propios de los afectos hipocondríacos y melancólicos, las singulares propensiones que el virus de la rabia desencierra, etc.

Nunca se trató con este espíritu la historia de los afectos hipocondríacos; pero por poco enterado que uno esté de las singularidades que estas dolencias presentan, le es fácil conocer que ninguna cosa pone más al descubierto el artificio físico del pensamiento. Y en cuanto a la rabia, me ciño, por ahora, a la observación de Lister, que dice haber visto frecuentemente a hombres mordidos por perros rabiosos, tomar, en algún modo, el instinto de estos, andar en cuatro pies, la-

drar, y esconderse debajo de los bancos y camas. Esta observación se había hecho mucho tiempo antes de Lister; pero la confirma él con el testimonio suyo, y la autoridad de muchos observadores excelentes. Tuvimos en mi departamento una bien funesta ocasión de comprobarla. Sesenta personas habían sido mordidas por un lobo, por perros, vacas, o cerdos, los cuales mismos lo habían sido por aquel lobo rabioso. Un sinúmero de estas personas imitaba, en la violencia de sus arrebatos, los aullidos y actitudes del animal que los había mordido; y ellas manifestaban, sobre muchos puntos, inclinaciones lupinas.

Concluyamos:

Es pues cierto que el conocimiento de la organización humana, y de las modificaciones que el temperamento, edad, sexo, clima, y enfermedades, pueden hacer en las disposiciones físicas, aclara singularmente la formación de las ideas; que sin este conocimiento es imposible formarse nociones completamente cabales del modo con que los instrumentos del pensamiento obran para producirle, y con que las pasiones y voluntades se desencierran; últimamente, que semejante conocimiento basta para desvanecer sobre este particular, infinitas preocupaciones ridículas y perniciosas juntamente.

Pero es poco que la física del hombre suministre los fundamentos de la filosofía racional, es menester que ella suministre además los de la moral: *La sana razón no puede buscarlos en otra parte.*

Las leyes de la moral se derivan de las mutuas y necesarias relaciones de los hombres en sociedad, y estas relaciones de las necesidades suyas. Las necesidades suyas, aun sin apartarnos de las ideas recibidas, pueden dividirse en dos clases: en físicas y morales.

No cabe la menor duda en que las necesidades físicas dependen inmediatamente de la organización; pero ¿no dependen de ella igualmente las necesidades morales, aunque de un modo menos directo o sensible?

El hombre, a causa de que está dotado de la facultad de sentir, goza también de la de distinguir y comparar sus sensaciones. No distinguimos las sensaciones más que aplicándoles algunos signos que las representan y caracterizan; ni las comparamos, más que representando o caracterizando, igualmente con signos, las relaciones o diferencias suyas. Esto hace decir a Condillac que no pensamos sin el socorro de las lenguas, y que estas son unos métodos analíticos: pero es necesario dar aquí a la palabra lengua el más lato sentido. Para que la proposición de Condillac sea perfectamente justa, esta palabra debe expresar el sistema metódico de los signos con que fijamos nuestras propias sensaciones. Un niño, antes de entender y ha-

blar la lengua de sus padres, tiene indubitablemente signos particulares que le sirven para representarse los objetos de sus necesidades, gustos, y dolores; él tiene su lengua. Puede pensar uno, sin valerse de ningún idioma conocido; y sin duda hay cifras para el pensamiento como para la escritura.

Pero, repítolo, sin *signos* no hay pensamiento, y ni aun quizás, hablando con propiedad, verdadera sensación ninguna, es decir, sensación claramente percibida y distinguida de cualquiera otra. Hemos dicho que el uso de los signos estaba destinado a fijar las sensaciones y pensamientos. Ellos las representan, y por consiguiente las recuerdan: en lo cual esta fundado el artificio de la memoria, cuya fuerza y claridad dependen siempre de la atención con que hemos sentido, y del orden que hemos puesto en el modo de hacernos cargo de las operaciones de nuestros sentidos, o en aquella serie de comparaciones y juicios que se llaman las operaciones del entendimiento.

Los signos recuerdan pues las sensaciones, y nos hacen *sentir* de nuevo. Hay que quedan ocultos, por decirlo así en lo interior, y son para el individuo solo; y otros que se manifiestan por defuera, los cuales sirven para comunicar con *los demás*. Entre estos últimos, los que son comunes a toda la naturaleza viviente, por ejemplo los del gusto y dolor, que se notan en las facciones, actitud, y gritos de los diferentes seres animados, nos hacen sentir con ellos, y *avenirnos* con sus gozos o pesares, con tal que otras sensaciones más fuertes no llamen nuestra atención hacia otra parte. Si somos capaces de participar de los afectos de todas las especies animadas, con mucha mayor razón participamos de las de nuestros semejantes, que están organizados para sentir, excepto pocas cosas, como nosotros, y cuyos ademanes, voz, miradas, y fisonomía nos recuerdan más distintamente lo que nosotros mismos hemos experimentado. Hablo desde luego de los signos pantomímicos, a causa de que son los primeros de todos, y los únicos comunes a toda la raza humana. Es la verdadera lengua universal; y, anteriormente al conocimiento de toda lengua hablada, hacen correr ellos al niño hacia el niño; le hacen sonreírse con los que se le sonríen, y también tomar parte en los sencillos afectos de que él ha podido tomar conocimiento hasta entonces. A proporción que se aumentan nuestros medios de comunicación, se descierra esta facultad más y más; se forman otras lenguas; y bien presto no existimos casi menos en los otros que en nosotros mismos.

Estos son, en pocas palabras, el origen y naturaleza de una facultad que hace el más importante papel en el sistema moral del hombre, y que muchos filósofos

creyeron dependiente de un sexto sentido. Le designaron con el nombre de *simpatía*, el que expresa muy bien, efectivamente, los fenómenos que ella produce, y que la caracterizan.

Esta facultad, no lo dudemos, es uno de los mayores móviles de la sociabilidad; ella templa lo que el de las necesidades físicas directas tiene de muy duro y seco; impide que estas necesidades, que, bien fundadas, se dirigen igualmente sin duda a reunir a los hombres, obren con más frecuencia de un modo contrario para desunirlos; nos proporciona las más puras y dulces satisfacciones; finalmente, como de ella sola se deriva la facultad de imitación, de la que depende toda la perfectibilidad humana, el atento estudio de su formación y progreso facilita unos principios fecundos para la filosofía racional, y para la moral juntamente.

Parágrafo VIII

Al aplicarse la naturaleza a la naturaleza por el arte, que no es en todas las especies más que el sistema de las reglas relativas a esta aplicación, modifica él poderosamente los efectos que el ordinario curso de las cosas acarrea; y aun a veces puede producirlos enteramente nuevos, y en los que parezca que las leyes del universo obedecen a las necesidades, pasiones, y caprichos del hombre.

Si el primer estudio nuestro es el de los instrumentos que hemos recibido de la naturaleza inmediatamente, el segundo es el de los medios que pueden modificar, corregir y perfeccionar semejantes instrumentos. No basta que un obrero conozca las herramientas del arte suyo, sino que le es necesario conocer igualmente las nuevas herramientas que pueden extender o perfeccionar el uso de ellas, y los métodos con arreglo a los cuales es posible emplearlas con mayor fruto.

La naturaleza produce al hombre con órganos y determinadas facultades; pero el arte puede acrecentar estas facultades, mudar o dirigir el uso suyo, y formar, en algún modo, nuevos órganos. Esto es la obra de la educación, la que no es, hablando con propiedad, más que el arte de las impresiones y de los hábitos.

La educación se divide naturalmente en dos: la que obra directamente sobre lo físico, y la que se ocupa más particularmente en los hábitos morales. Hablamos aquí de la primera únicamente.

Es sabido que una buena educación física fortifica el cuerpo, cura muchas enfermedades, y hace que los órganos adquieran una mayor aptitud para ejecutar los movimientos exigidos por nuestras necesidades. De ello, mayor eficacia y extensión en las facultades

intelectuales, y mayor equilibrio en las sensaciones: de ello, aquellas ideas más adecuadas, y aquellas pasiones más elevadas, que dependen del habitual sentimiento y del regular ejercicio de un mayor vigor. Es necesario comprender sin duda el régimen en la educación, y no solamente el régimen propio de los niños, sino también el que conviene a todas las épocas de la vida; como, bajo el título de educación moral, es preciso abrazar igualmente el conjunto de los medios que pueden obrar sobre el espíritu e índole del hombre, desde su nacimiento hasta la muerte. Porque cercado el hombre de objetos que hacen incesantemente nuevas impresiones en él, no cesan por un solo instante en la educación suya.

El régimen es seguramente una parte importante de la ciencia de la vida; y cuando le consideramos bajo el aspecto del influjo suyo sobre las facultades intelectuales y las pasiones, no nos extrañamos del particular cuidado que en él ponían los antiguos; y únicamente debemos extrañarnos infinito de ver cuánto se abandonó en todas las instituciones modernas esta esencial parte de toda buena educación, y por consiguiente también de toda sabia legislación.

Aunque los médicos han dicho muchas cosas arriesgadas, en orden al efecto de las sustancias alimenticias sobre los órganos del pensamiento, o sobre los elementos físicos de nuestras inclinaciones, no por ello es menos cierto que las diferentes causas que aplicamos diariamente a nuestros cuerpos, para renovar los movimientos suyos, obran con una suma eficacia sobre nuestras disposiciones morales. Se hace uno más acomodado para las tareas intelectuales con ciertas precauciones de régimen, con el uso o supresión de ciertos alimentos. Algunas personas se curaron de violentos arrebatos coléricos, a que estaban sujetas, con la sola dieta pitagórica; y aun en el caso en que furiosos delirios turban todas las facultades mentales, el uso diario de ciertos alimentos o bebidas, la impresión de un cierto temple de aire, el aspecto de ciertos objetos, en una palabra, un sistema dietético particular, bastan con frecuencia para restablecer la calma en ellas, y reponerlo todo en el orden primitivo suyo.

Aquí, como se ve, se confunde el régimen con la medicina; y le toca a esta efectivamente el señalarle. Pero la medicina propiamente dicha ejerce una acción, y produce, bajo el mismo aspecto, provechosos efectos que no son menos dignos de notarse. Ella obra trastocando el orden de los movimientos establecidos; es para reponerlos en una vía más conforme con los planes originales de la naturaleza: y cuando este

arte, que está esperando grandes reformas, haya introducido en sus métodos la exactitud de que ellos son capaces, no será lícito ya el poner en duda las inmediatas conexiones suyas con todas las partes de la filosofía y arte social.

Últimamente, si consideramos que las disposiciones físicas se propagan por medio de la generación; y que parece que todas las analogías y muchos hechos de importancia, recogidos por excelentes observadores, prueban, como lo nota muy bien Condorcet, que sucede lo mismo, bajo muchos aspectos, con las disposiciones del ánimo, de las inclinaciones o afectos, nos será fácil conocer cuánto pueden influir los progresos de la ciencia del hombre físico sobre la perfección general de la especie humana.

Conclusion

Así, los objetos de esta ciencia que son relativos a aquellos en que se ocupa más particularmente la segunda clase del Instituto, se hallan comprendidos en los principales puntos que acabo de recorrer sumariamente: los cuales pueden tratarse menudamente en el orden que sigue:

- Historia fisiológica de las sensaciones,
- Influjo,

- 1º De las edades,
- 2º De los sexos,
- 3º De los temperamentos,
- 4º De las enfermedades,
- 5º Del régimen,
- 6º Del clima,
- Sobre la formación de las ideas y afectos morales,
- Consideraciones sobre la vida animal, instinto, simpatía, sueño, y delirio,
- Influjo o reacción de lo moral sobre lo físico,
- Temperamentos adquiridos.

Si estas conclusiones se desempeñaran de un modo digno de los grandes objetos que ellas presentan, pienso que se tendrían, tocante al hombre físico, cuantas nociones son o pueden ser en algún día de una aplicación directa a las investigaciones y tareas del filósofo, moralista, y legislador.

Este es, ciudadanos, el plan del trabajo que me propongo ejecutar; mírole como propio para desvanecer las últimas reliquias de muchas preocupaciones perjudiciales, y me atrevo a creer que él puede dar una base sólida, y fundada en la naturaleza misma, a muchas sagradas máximas, que, para muchos espíritus, ilustrados por otra parte, no estriban todavía más que sobre incertidumbres, si me es lícito expresarme así.